

EL SOPLO QUE NOS HACE BAILAR

Proliferan los diagnósticos sobre lo que estamos viviendo como humanidad. Se habla de que estamos al borde de una tercera guerra mundial; de que asistimos al fin de lo que se ha llamado occidente; de está surgiendo un nuevo orden económico mundial; de que estamos en una profunda crisis espiritual. Donde sea que se ponga el acento del diagnóstico, es claro que estamos en un conmocionante tránsito, dejando algo atrás y adentrándonos con mucha incertidumbre en algo desconocido.

Lo más complejo de esta situación es la caída de los referentes permanentes de la vida y la confusión ética que genera el que no existan valoraciones compartidas que sostengan la vida en común. A ratos con cansancio y con dolor vemos que casi todo el mundo miente, especialmente las autoridades, que no se ama el trabajo bien hecho y que todo el mundo trata de obtener ventajas por las que no ha trabajado, que no hay un sentido común acerca de lo que es justo, verdadero, valioso, honesto, bello o sagrado. Los finales de etapas culturales son traumáticos y violentos.

Sin embargo, lo más amenazante es el riesgo en que está nuestro propio corazón, acechado por la tentación de abandonar los valores del bien, por el cansancio de mantener los sueños, por el peligro de dejarse arrastrar por la confusión, por renunciar y apenas sobrevivir, por atrincherarse en paradigmas del pasado para tener pequeñas seguridades.

Todo esto está involucrado en la fiesta que celebramos este domingo y en el mensaje del evangelio que se anuncia. El evangelio de Juan nos cuenta que “al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos”. Estaban encerrados por autoprotección y, sobre todo por miedo. Y nosotros sabemos qué es eso. Continúa el relato: “Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos...” y todo cambió, como sabemos.

Este es el mismo soplo del origen, el de Dios creando al ser humano insuflando su aliento divino sobre el barro. Pentecostés es la renovación del llamado a vivir, haciendo memoria sacramental de nuestro origen y de nuestra vocación fundamental. Vale la pena recordar que los relatos religiosos no tienen nada que ver con hechos sino con la significación de los hechos, y precisamente esos significados crean, para el ser humano que busca y espera, una realidad incomparablemente más verdadera que los hechos mismos.

No se trata del facilismo de creer que nuestras dificultades son simples o que las superaremos con mágicas intervenciones divinas. Se trata del coraje de recuperar nuestra dignidad, repitiendo los fieles gestos cotidianos de hacer de la vida un hogar, como ha hecho la humanidad a lo largo de la historia, un hogar aún en medio de la devastación. La confianza no consiste en tener todas las seguridades sino en la valentía de enfrentar los retos del tiempo, sin dejar de ser quienes somos. Como dijo Vivian Green: “La vida no se trata de esperar a que acabe la tormenta, sino aprender a bailar bajo la lluvia.”

Ven Jesús a soplar sobre nosotros para que tu Espíritu nos llene de esperanza, de coraje y fortaleza para animarnos infatigablemente a no renunciar a la vida, al bien, la verdad y la belleza.
¡Un feliz Pentecostés para todas y todos!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 8 de junio de 2025